

FLORES, MANUEL MARÍA (1840 –1885)

PASIONARIAS

CUARTA PARTE

INSOMNIOS

LA NOCHE

A Juan B. Hajar y Haro

MIS SOMBRAS

A mi hermano Agustín

HORAS NEGRAS

MARÍA

A Manuel de Olaguibel

MI PADRE MUERTO

A mi hermano Luis

A MEDIA NOCHE

A Juan de Dios Peza

ORGÍA

Al Sr. Ignacio M. Altamirano

LAS ESTRELLAS

A D. Antonio Fernández Merino

INSOMNIOS

...Las lágrimas vertidas
del alma alivian la agonía secreta:
he aquí mis versos, lágrimas sentidas,
lágrimas melancólicas caídas
del alma solitaria del poeta.

LA NOCHE

(A Juan B. Hajar y Haro)
L'Ame du poète, d'ombre et d'amour. C'est
une fleur des nuits qui s'épanouit aux étoiles
-V. HUGO.

¡Salve, noche sagrada! Cuando tiendes
desde el éter profundo
bordada con el oro de los astros
tu lóbrega cortina sobre el mundo;
cuando, vertiendo la urna de la sombra,
con el blando rocío de los, beleños
vas derramando en la Creación dormida
las negras flores de los vagos sueños,
el fúnebre silencio, y la honda calma
que a los misterios del no ser convida,
entonces, como flor de las tinieblas,
para vivir en ti, se abre mi alma.

Hermosa eres, ¡oh noche!
hermosa cuando límpida, serena,
rivalizando con el mismo día,
rueda tu luna llena,
joya de Dios, en la región vacía,
hermosa cuando opaca,
esa luna, ya triste, se reclina
en la argentada nube
que apenas, melancólica, ilumina,
tan apacible en su divina calma
que, viéndola, los ojos se humedecen,
y sin saber por qué, suspira el alma.

Hermosa cuando negra

como el seno del caos, la eterna sombra,
insondable y desierta,
chispea de estrellas, que alumbrar parecen
pálidos cirios, a la tierra muerta.
¡Y más hermosa aún, cuando, agitando
su densa cabellera de tinieblas
trenzadas con el rayo, la tormenta
borra los astros, y fulgura y brama,
y azotando los cielos con la llama
del relámpago lívido, revienta...!

Entonces, sólo entonces, al aliento
del huracán que ruge embravecido,
al rasgar la centella el firmamento,
al estallar el trueno, es cuando siento
latir mi corazón, latir henchido
de salvaje embriaguez... Quieren mis ojos
su mirada cruzar fiera y sombría
con la mirada eléctrica del rayo
fatídica también... Mi pecho ansía
aspirar en tu atmósfera de fuego
tu aliento, tempestad... ¡Y que se pierda
la ardiente voz de mi agitado seno
en la explosión magnífica del trueno!

¡Quiero sentir que mi cabello azota
la ráfaga glacial; quiero en mi frente
un beso de huracán, y que la lluvia
venga a mezclar sus gotas con la gota
en que tal vez mi párpado reviente!

Noche de tempestad, noche sombría,
¿acaso tú no eres
la imagen de lo que es el alma mía?
Tempestad de dolores y placeres,
inmenso corazón en agonía...

También así, como en sereno cielo
de blanca luz y fúlgidas estrellas,
miré pasar en delicioso vuelo,
como esas nubes que argentó la luna,
fantásticas y bellas
mis quimeras de amor y de fortuna.
Y así también de pronto, la tiniebla
mis astros apagó, rasgó la nube
cárdeno rayo en explosión violenta,

y en mi alma desataron
el dolor y la duda su tormenta.

¿Quién como yo sintió? ¿Quién de rodillas
cayó temblando de pasión ante Ella?
¿Quién sintiendo correr por sus mejillas
el llanto del amor, en ese llanto
mojó los besos que dejó en su huella?
¿Quién como yo, mirando realizada
la ansiada dicha que alcanzó el empeño,
al ir a disfrutar vio disiparse
en la sombra, en la nada,
la mentira de un sueño?
¿Quién de la vida al seductor banquete
llegó jamás con juventud más loca?
La copa del festín ¿quién más acerba
apartó de su boca?
¿Quién como yo ha sentido
para tanto dolor el seno estrecho,
y de tanto sollozo comprimido
dolerle el corazón dentro del pecho?
¿Quién, a despecho de su orgullo de hombre,
ha sentido cual yo, del alma rota
brotar la acerba gota
de un escondido padecer sin nombre?
¿Quién soñador maldito,
al quemar, como yo, sus dioses vanos,
por sofocar del corazón el grito
se apretó el corazón con ambas manos?
¿Quién como yo, mintiendo indiferencia
y hasta risas y calma,
atraviesa tan solo la existencia
con una alma tempestad dentro del alma?

¿Quién busca, como yo, tus muertas horas
¡oh, noche!, y tus estrellas,
fingiéndolo que son ellas
las lágrimas de luz con que tú lloras?
¿Quién ama como yo tú sombra muda,
tu paz de muerte, y el silencio grave
a quien la voz de los misterios diste,
y tus suspiros que las auras llevan,
y tu mirada de luceros triste?

Mi alma es la flor, la flor de las tinieblas,
el cáliz del amor y los dolores,

y se abre ¡oh, noche! en tu regazo frío,
y espera así como las otras flores,
tu bienhechor rocío.

Hijo yo del dolor, tu negra calma
es el mejor abrigo,
para ver en la sombra, sin testigo,
una noche en el cielo, otra en el alma.

MIS SOMBRAS

(A mi hermano Agustín)

Doux fantômes! c'est là que je rêve dans l'ombre
Qu'ils viennent tour á tour m'entendre et me parler.
-V. Hugo.

Es la hora melancólica y serena
de la alta noche. En apacible calma
brilla la luna, y a lo lejos suena
música alegre que entristece el alma.

Música de placer para el dichoso
que dulces esperanzas atesora;
música para mí como el sollozo
de un solitario corazón que llora.

¡Llegad..., llegad, tristezas de la vida!
y aunque en llanto mis párpados se bañen,
que en la honda noche de mi fe perdida
las sombras de mis dichas me acompañen.

En el tranquilo rayo de la luna
imágenes de amor lleguen flotantes,
bañándome al pasar, una por una,
con la serena luz de los semblantes.

Miradlas... Ya se acercan, agrupadas,
melancólicas, vagas, doloridas,
de los que amo las sombras adoradas,
las memorias de mi alma tan queridas.

Imagen de mi madre cariñosa,
¿vienes a visitarme, madre mía...?
¿Quién te dijo, que a esta hora silenciosa
aquí en mi triste soledad sufría...?

¿Sabes que tengo el corazón opreso?
¿Te escuchaste llamar del hijo ausente,
y vienes a dejar tu santo beso
como una bendición sobre mi frente...?

¡Compañera de infancia, hermana mía,
tu dulce sombra con amor recoja
esta profunda lágrima sombría
que a la mejilla el corazón arroja!

Y tú, sangre del alma, mi consuelo,
flor de mi vida solitaria y triste
a quien amé con ilusión del cielo
alma del corazón... también viniste...?

Y vosotras, mis ángeles perdidos,
las que adoró mi corazón creyente,
las que al pasar dejasteis suspendidos
tantos sueños de amor sobre mi frente;

mujeres de mi amor, las cariñosas
creaciones del placer y la fortuna,
llegad, llegad flotantes, siempre hermosas
al tibio rayo de la casta luna.

Recuerdos todos de mis bellas horas,
locas memorias de mis locos días,
venid y recoged consoladoras
en vuestras alas las tristezas mías.

¡Mirad mi corazón! Le ha consumido
esta fiebre de amar nunca saciada;
en pos de un imposible ha envejecido,
en pos de un sueño... que será la nada.

¡Venid, sombras, venid! Yo necesito
en estas horas en que sufro tanto,
algo consolador, algo bendito,
a cuyo amparo derramar mi llanto...

¿Es que ya nada el corazón alcanza

del porvenir en la estación desierta...?
¿Cayó también la flor de mi esperanza
¡ay! en la tumba de mi dicha muerta...?

Yo no sé lo que busco, lo que anhelo;
yo no comprendo lo que mi alma quiere;
tan sólo sé que en el ingrato suelo
lleno de vida el corazón se muere...

Que hay en el alma idealidad sublime
y realidad vulgar sobre la tierra;
y que del mundo la estrechez oprime
al corazón que lo infinito encierra.

Que hasta que vaya a reposar tranquilo
en el negro sepulcro mi cabeza,
irá conmigo a mi postrer asilo,
amiga inseparable, la Tristeza.

HORAS NEGRAS

...Sangrando está mi herida...
¡He amado a esta mujer!
-J. M. Altamirano.

Escúchame, mujer:
Tiembla mi labio,
sin poderte nombrar... ¿Cuál es el nombre
bastante infame, sí, para el agravio
de pisotear el corazón de un hombre?
¡Escúchame, mujer! ¡Yo necesito
arrojar a tu frente mancillada,
del corazón que te adoró maldito
la envenenada sangre, y que a tu pecho
penetre el hondo grito
del alma inexorable en su despecho...!

Mas si del seno herido
el veneno llevara la voz mía,
y su acento llegara hasta su oído,
¡ese acento, mujer, te mataría!

Pero no, tú no sufres, tú no puedes
ni siquiera sufrir... Si formidable

hiende el rayo los robles soberanos,
jamás ha herido el talle miserable
de la rastrera flor de los pantanos.

Deshojaste la flor de mis amores
por ceñir a tus sienas
la corona nupcial... Entre las flores
castas del azahar, tu linda frente
has escondido todavía caliente
del beso voluptuoso
del amante de ayer... ¿Qué importa eso?
Esta noche en el tálamo, el esposo
su huella borrará con otro beso...

Esta noche tu seno
que el oro compra y al placer se vende,
despojarás de las nupciales galas...
mientras que vela, de sonrojo lleno,
su faz el ángel del amor, y tiende
de ti muy lejos con rubor sus alas.

Pero, ¿qué importa el virginal tesoro?
¿Qué la dicha de amar y ser amada,
si a rico precio de oro
vendió la desposada
el alma, la belleza y el decoro...?

¿No tendrás un magnífico atavío,
sedas que crujan, fúlgidos diamantes,
y lujo y vanidad y poderío?
¿No cubrirán las gasas y las perlas
la desnudez del corazón vacío
que todo lo vendió para tenerlas?
El reflejo de tu oro poderoso
¿no encenderá de dichas los fulgores
en el fondo de tu alma tenebroso
donde murió la luz de los amores?
¿No apagarás acaso en el ruido
de tu vida opulenta
esta mi voz postrer, este crujido
de un corazón amargo que revienta?

Oyeme: no es amor esta tristeza.
Brotan malezas de la peña rota,
rompiste el corazón, y la maleza
hoy de los odios en sus quiebras brota.

Si alguna vez en tu vivir sombrío,
al encontrar mi nombre en tu memoria,
por divertir tu hastío
recordaste mi historia,
y ya sin corazón reíste del necio
que te elevó de adoración un trono:
¡acuérdate, mujer...! ¡No te desprecio,
porque no te perdono!

Manchando de tu vida la limpieza
arrancaste de mi alma la esperanza
y arrojaste a mi frente la tristeza...
Te pagaré mi deuda de venganza.

Réprobo del amor, y descreído,
con el alma sombría,
iré a buscar a mi dolor olvido
en el vértigo loco de la orgía...
Y cuando esté mi juventud marchita,
y rugada mi sien y ya en sosiego
este, que inmenso de pasión palpita,
salvaje corazón de llanto y fuego;
entonces ¡oh, la bella desposada!
Tu alma es una alma vil y profanada,
y digno de ella encontrarás la mía.

Te espantarás de tu obra, tú a quien plugo
que todo lo que es bueno en mí muriera;
a buscarte vendré... ¡como en un día...!
Temblarás ante mí, tú, mi verdugo,
y a mis pies, lastimera,
me darás de tus ayes el encanto,
la dicha me darás de tus dolores,
y al rumor delicioso de tu llanto
yo te hablaré ¡feliz! de mis amores.
¡Entonces te diré cómo se ama,
te diré de las almas la tormenta,
cómo la pena el corazón inflama,
cómo la pena el corazón revienta...!

No me podrás huir... Iré a arrancarte
de entre los brazos del esposo mismo,
y con risa satánica a lanzarte
a la negra abyección en que me abismo.

¡Oh, rayos de mis sueños de venganza,
cuánto al alma halagáis desesperada...!
Mas si a lanzaros mi poder no alcanza,
¿qué importan a la bella desposada?

Sí, ¿qué le importa mi delirio ciego,
qué le importan mis bárbaros pesares,
si de mi hoguera no marchita el fuego
su corona de blancos azahares...?
¿Qué le importa llegando a los altares
hollar sobre sus gradas, desdeñosa,
mi destrozado corazón sangriento?

¿Qué te importa, mujer...?
Por si te alegras,
he dejado que lleve mi lamento
algo de sombra de mis horas negras.

MARÍA

(A Manuel de Olaguibel)

...De luce incoronata.
María, pronta ascendiste al mío dolore.
—Tasso.

Del roto corazón en las ruinas
solloza mi dolor... Y a su gemido
resucitada y pálida despierta
de las cenizas de mi dicha muerta
¡ay! la memoria de mi amor perdido.

¡Trae la visión que mi dolor ansía,
insomnio del dolor...! ¡Trae el delirio
y la ventura de mi fe de un día...!
Ángel de mi pasión y mi martirio,
¿en dónde estás, María...?

Aquí estás, junto a mí. Tu forma blanca
se dibuja en la sombra
cuando del labio trémulo se arranca
el profundo sollozo que te nombra.
Aquí estás, melancólica María,
tan pálida de amor, tan dulce y bella

como, en los cielos, al morir el día
sobre la frente de la tarde umbría,
-lágrima de oro- la primer estrella.
Aquí estás, compañera silenciosa
del alma enamorada,
como el misterio de la noche hermosa,
como la misma luz, inmaculada.

Del destino en las aras
el alma te eligió por compañera;
¿en qué mundo encontraras
quien lo infinito de mi amor te diera...?

Era el instante en que a vivir apenas
se despertaba el corazón creyente,
cuando cambia por rosas y verbenas
la Diosa Juventud en nuestra frente
de la infancia las muertas azucenas.

Era la aurora, el esplendente día
del alma en Primavera.
Sediento, ya mi corazón se abría
a ese inmenso raudal de poesía
que trae consigo la ilusión primera.
Y ya, impaciente, soñador, poeta,
con loco afán, con esperanza inquieta,
ebrio de mi ternura
y entre mis propios sueños indeciso,
buscaba la pasión y la hermosura,
la Eva gentil, enamorada y pura
del mundo en el risueño Paraíso.

¡Era la vida! La embriaguez celeste
de aire, de luz y libertad que lanza
al ave joven de su nido agreste.
La aparición primer de la Esperanza
en los senderos mágicos de flores
de la alma juventud con su diadema
de ardientes resplandores
¡Era la vida! ¡La encantada copa
rebosando promesas y delicias,
conquistas y placeres,
torrentes de suspiros, de caricias
y de trémulos besos de mujeres...!

¡Hora de bendición! En ese instante,
hija suprema de la luz del día
y del sueño de mi alma delirante.
¡A mí llegaste, celestial María...!
¡Y conmovido, deslumbrado, ciego
puse a tus pies mi corazón de fuego
mi juventud de vida palpitante
y la inmensa pasión del alma mía!

Y de mi corazón sobre mi lira
desbordó sus raudales de ternura
la inspiración en que encendió mi pecho
el sereno esplendor de tu hermosura.

Eras tan bella que al mirar tus ojos
temblaba el corazón y se sentía
algo... yo no sé qué... como si el alma
se arrodillara y te adorase muda
en éxtasis de amor... ¡Eras tan bella
que al verte parecía
que asomaba una estrella
y que esa estrella derramaba el día!

¡Con qué pasión te amé! ¡Con qué delirio
tomaba entre mis manos
tu frente melancólica de lirio
para besar tus ojos soberanos!
¡Cómo te idolatré! ¡Mi vida entonces
era un perpetuo abrazo
de mi alma con la dicha
en el nido de amor de tu regazo!

Jamás, jamás en el ingrato suelo
tal dicha tuvo nombre...
¿Te acuerdas de esas noches en que el cielo
miraba un ángel adorar a un hombre?
Temblaba mi alma en tu divina boca,
entre mis brazos te llamaba mía,
y muriendo de amor, llorando loca,
yo besaba tus lágrimas, ¡María!
¡Y de ventura y de pasión perdidos,
en un abrazo delirante presos,
ocultamos los rostros confundidos
empapados en lágrimas y besos...!

¡A tu grito de amor, grito sublime,

nuestras férvidas almas desposamos...!
¡Ah! ¿qué se hicieron nuestras dichas...? dime...
Para siempre, después, nos separamos.

Pero yo te llamaba, te esperaba,
porque mi corazón se me moría...
¡Con qué inmensa ternura sollozaba
este nombre de arcángeles: María!
Y luego de los céfiros errantes
yo le escuchaba en los volubles giros,
y respiraba en ellos,
el ámbar de tu aliento y tus cabellos
con el vago rumor de tus suspiros.
Y demandaba a la Creación entera
la inmortal compañera de mi suerte...
Me sentía morir... Porque la muerte
no era perder la vida pasajera,
no era dejar el mundo: era no verte...!

Hoy en la triste calma
de mis insomnes noches, silenciosa
siento venir tu imagen cariñosa
a la callada soledad de mi alma.
Conmigo estás aquí porque has oído
la voz de mi dolor... ¡Oh! ¡si supieras
cuánto... cuánto, irá bien, he padecido!

Como náufraga tabla destrozada
va mi existencia, sola,
al viento del dolor abandonada
del mundo ingrato en la funesta ola.

Marchitas ya las flores de mi vida,
ya deshojadas por el llanto mío,
heme aquí con el alma descreída,
con la esperanza del amor perdida
viendo avanzar el porvenir sombrío.
Murió con mi esperanza mi deseo,
los Dioses que adoré me abandonaron,
y en el hogar del corazón ateo
ni las cenizas de mi fe quedaron.

Ha mucho tiempo que mi vida es triste,
que busco el aislamiento,
que de luto se viste
en la sombra de mi alma el pensamiento;

que llevo oculto en mentirosa calma
un corazón en ruinas,
y un alma... ¡pobre alma!
coronada de lúgubres espinas.

Temprano ¡ay! encontraron
mis creencias en el mundo
el Gólgota, la cruz en que expiraron
entre escarnio y baldón... Ansia sublime
sintiendo de lo grande y de lo bueno,
¡Tengo sed! -gritó el alma, ¡y le llevaron
cáliz de hiel hasta los bordes lleno...!

Mi espíritu ha cruzado por desiertos
sin camino ni luz, mudos, sombríos
como los campos en que están los muertos,
como la noche de los duelos míos.

Tú, mi ángel, no caminas a mi lado;
estoy solo, tan solo que me espanta
la senda pavorosa
por donde va mi fatigada planta.
Nada en mi derredor; ante mis ojos
la inmensa soledad del mundo triste,
y dentro el corazón, como un gemido,
que no calla jamás, el dolorido
acento de tu adiós cuando partiste.

¿Por qué dejarme en la espantosa calma
de un mundo para mí yerto y vacío?
¿Por qué, divino corazón de mi alma,
tu espíritu de amor no asiste al mío?
¿Por qué me desamparas, mi María?
¿Que muera loco de sufrir deseas?
Pues, ven a sonreírme en mi agonía,
y te diré al morir: ¡bendita seas!

Amame, y moriré... Mas, ¡ven conmigo!
Pondré, al morir, mi espíritu en tus ojos...
Mas, ¿por qué me abandonas, si te sigo
miserable arrastrándome de hinojos...?

Palidece mi lámpara. Es de día.
He soñado el delirio de mi amor;
la noche se refugia al alma mía,
con su sombra la imagen de María...

Volvamos a la vida y al dolor.

MI PADRE MUERTO

(A mi hermano Luis)

...Disperato dolor che'l cuor mi preme...

–Dante.

¡Gracias, gracias, Señor...! Me has dado llanto
y he llorado por fin... ¡Gracias, Dios mío!
¡Un pobre corazón que sufre tanto,
un pobre corazón que está vacío
de esperanza y de fe, necesitaba
para no reventar en mil pedazos
reventar en el llanto que le ahogaba...!

¡Gracias aun otra vez, porque tu oído
abriste ¡oh Dios! a mi aflicción, y has hecho
que al romper los sollozos de mi pecho
haya mis propias lágrimas bebido!
¡Gracias, inmenso Dios, gracias...!
Y ahora
¡apura, corazón, el hondo cáliz
del inmenso pesar que te devora!
¡Solo, ante Dios, en tu dolor sin nombre
inagotable llora
las más acerbadas lágrimas del hombre,
y a ese viento que gime, a esas tinieblas
en que flota el pavor, a ese callado
tan espantable caos del infinito,
arroja delirante,
desesperado corazón, tu grito...

¡Hora de los misterios, noche amiga,
deja que el alma mártir
tu soledad bendiga...!
Sólo tú tienes para mí consuelo,
si así puede llamarse
hundirse en tanto duelo,
remover los pedazos doloridos
del roto corazón, y abandonarse
al amargo placer de sus gemidos...

¡Hay algo de la tumba que yo amo,
en tu tremenda calma;
hay algo de la muerte entre tu sombra,
y tengo triste hasta la muerte el alma;
toda ella es amargura,
indecible dolor jamás sentido,
noche en la noche misma, más oscura
que el negro manto en la Creación tendido...!

Ayer era feliz... y lo ignoraba...
Ayer era feliz... En mis hogares
la dulce paz de la virtud moraba,
y mucho tiempo hacía
que a su umbral no llegaban los pesares,
sino que en cada sol, una alegría
el Señor de los buenos les enviaba
como el pan celestial de cada día.

De mi padre la frente
iba cubriendo apenas
la primer nieve de la edad, luciente,
como el pico elevado
de la montaña, el hielo,
para significar, inmaculado,
la ya cercana vecindad del cielo.

Y allí, sobre esa frente veneranda,
cual rayo oculto que en serena tarde
de la pérfida nube se desprende
y la alta encina hiende,
del mismo modo la desgracia impía
vibró su rayo de dolor y muerte,
y en menos ¡ay! de lo que dura un día,
sin el adiós siquiera de la agonía
la sacra vida quebrantó del fuerte.

Era un sueño ¿es verdad...? Estaba loco...
¡Oh! ¡decid que no es cierto,
que no ha podido ser que delirante
golpease mi cabeza
sobre la tumba de mi padre muerto...!

¿Puede acaso morir quien da la vida...?
¿De un mismo corazón puede una parte
caer en la tumba mientras otra existe?
Y Tú, que nos ordenas adorarte,

y Padre y Justo y Bienhechor llamarte,
Dios de inmensa bondad..., ¿Tú lo quisiste...?

¡Padre, mi padre, escúchame, responde...!
-¡Horrible desvarío!-
¿Es esto un ataúd...? ¿Aquí se esconde
el autor de mi vida? ¿Aquí, Dios mío...?
¿Aquí donde se estrella
convulsa de dolor el alma loca,
y besos tantos con sollozo inmenso,
con desesperación deja mi boca...?

¡Dejadme... porque quiero entre mis brazos
estrechar su cadáver...! ¡Estrecharle
y con mi propia vida reanimarle,
sobre mi corazón hecho pedazos...!
¡Un beso más en su serena frente,
un beso más en su cabello cano...!
¿Queréis que el corazón se me reviente...?
¡Yo no le vi morir... estaba ausente...
no me bendijo a mí su santa mano!

¡Al cerrarse sus ojos no me vieron,
buscome su alma, me llamó... y no estaba!

¡Mis labios en los suyos no bebieron
el suspiro postrer... ni recogieron
la lágrima que dicen que rodaba
única por su faz, cuando sus ojos
en el eterno sueño se durmieron!

¡Oh! ¡dejadme, llorar...! ¡Acaso el grito,
de las entrañas mismas arrancado,
del corazón de un hijo es infinito...!
¡Quizá traspase la mortuoria losa
y a través de la tumba y del olvido
llegue a la Eternidad donde reposa
el pedazo del alma más querido...!

¡Es mi postrer adiós... el que la muerte
no quiso que te diera, padre mío,
ni me lo dieras, tú... cuando por verte
un instante brevísimo siquiera,
al féretro sombrío
donde duermes, mi padre, te siguiera...!

¡Mas calla, corazón; rómpete y calla...!
¿Quién traduce en palabras el crujido
de un alma de hijo que al dolor estalla...?
El féretro está allí... ¡Dios lo ha querido...!

Sombra bendita de mi padre muerto,
heme aquí sollozando y de rodillas,
empapadas en llanto las mejillas
y de honda herida el corazón abierto...
Huérfano, en mi dolor no pido al cielo
el alivio mezquino del consuelo;
sólo quiero tenerte, padre mío,
en amor, en espíritu, en imagen,
de mi recuerdo en el altar sombrío.
Y hasta el instante en que también sucumba,
con mi amor y mis llantos esconderte
en la secreta tumba
del alma entristecida hasta la muerte.

A MEDIA NOCHE

(A Juan de Dios Peza)

Ne frappe-ton pas á ma porte?
Dieu puissant! tout mon corps frissonne Qui vient? qui
m'appelle?- Personne.
-A. de Musset.

Era la noche; y en mi estancia lóbrega
crecía la oscuridad.
Chisporroteaba pálida mi lámpara
agonizando ya,
y derramaban sus reflejos lívidos
siniestra claridad.
Afuera, el viento mis ventanas, áspero,
hacía rechinar;
azotaba, cayendo con estrépito,
la lluvia mi cristal,
y al rasgar con su espada de relámpago
el caos la tempestad,
inmenso grito de dolor y cólera
del cielo herido ya,
ronco rodaba por el ancha bóveda
el trueno funeral,

y temblaba la tierra y más horrísono
bramaba el huracán.
Yo estaba solo, y en mi estancia lóbrega
crecía la oscuridad.
Al fulgor instantáneo del relámpago,
en rápido zig-zag,
figuras mil en los oscuros ángulos
parecían asomar,
y por el muro en escuadrón fantástico
en enjambre fugaz,
sombras, bosquejos y perfiles rápidos
de contorno infernal,
caras terribles y a la par ridículas
miraba yo pasar.

Sonaron doce campanadas lúgubres,
y la última al vibrar,
en silencio y de súbito mi lámpara
apagose...
¿Quién va...?
¿Quién a estas horas a mi puerta, insólito,
así puede llamar?
Nadie... Es el viento que empujó colérico
las puertas al pasar.
Mas ¿quién se queja...? ¿Qué lamento tétrico
es ese funeral?
¡Se diría que del seno de algún féretro
ha venido ese ay...!
Nadie... Es el viento que en sus alas rápidas
trajo un eco... No más.

No llueve ya. Desenfrenada y prófuga
la tormenta allá va.
Y entre los rotos nubarrones lóbregos
la luna al asomar,
tiene yo no sé qué de cadavérico,
de torvo y espectral,
como de un muerto la pupila hórrida,
su disco... Mas ¿quién va?
He visto la cortina de aquel ángulo
a alguno levantar...
Oigo un paso ligero, suave, rápido...
¿Quién es...? ¿quién llega...? ¡Ah...!
Inmóvil, negro, pavoroso, fúnebre,
sentado en un sitio,
un bulto informe, junto a mí, fatídico,

está en la oscuridad.
Quiero gritar... mas mi garganta anúdase
y no puedo gritar,
tiembla mi carne, y llénase mi espíritu
de pánico mortal...

La sombra, negra en la tiniebla, fúnebre,
en el sitial está;
nada de humano, sin figura, tétrica,
sin contorno ni faz,
sin ojos... Pero yo siento, fatídica,
su mirada espectral
helada y pavorosa, hasta la médula
de mis huesos entrar...
¿Quién eres? -digo, con la lengua trémula-
¿quién eres...?, ¡Por piedad...!

Y se cambia la sombra en una lívida
y vaga claridad.
Es una forma de mujer angélica
pero difunta ya;
y veo un rostro de virgen... ya muy pálido,
tras un velo nupcial;
y la conozco... y mis miradas ávidas
devorándola están,
cuando los muertos y cerrados párpados
comenzó a levantar...
Un soplo helado pasa por mi espíritu
y ya no supe más...

El blanco, rayo de la aurora fúlgido
me encontró al despertar
arrodillado, y con la frente pálida caída -en el sitial.
Y murmurando con los labios trémulos
el nombre celestial
de aquella mártir de mi amor, dulcísima,
que ha tanto tiempo, ¡ay!,
a la sombra del sauce melancólica
durmiendo el sueño de la muerte está.

ORGIA

(Al Sr. Ignacio M. Altamirano)

Oh! que n'ai-je aussi, moi, des baissers qui dévorent

Des caresses qui font mourir!
-V. Hugo.

¡Ven, cortesana...! ¡Abrásame en delicias!
Quiero las tempestades del placer,
tropicales, frenéticas caricias
con que reanime mi cansado ser.

El fuego del deleite reverbera
en tu pupila brilladora... ¡ven!
En la férvida llama de esa hoguera
quiero quemarme el corazón también.

¡Prendan el fuego del deseo tus ojos,
alumbren tus miradas el festín,
mis labios beban en tus labios rojos
ansia perpetua de placer sin fin!

Del bacanal en el discorde ruido
pase el mañana con el triste ayer...
¿Qué importa al corazón lo que hayas sido...?
Eres hermosa... ¡bésame, mujer!

Beldad de los festines, en tu seno
quizá mi corazón olvidaré,
mi corazón de tempestades lleno,
el corazón imbécil con que amé.

Sí, ¡bésame, mujer...! Dame el olvido
que busco en la demencia del festín...
entre besos y copas, aturdido...
¿Qué me importa la dicha que perdí?

¡Llenad las copas, que desborde el vino!
¡Hay algo aquí que necesito ahogar;
que pase por el alma un torbellino
y barra en ella cuanto en ella hay!
¡Miserable de mí! ¿Cómo no puedo
ahogarte con mis manos, corazón...?
Venid, bebamos, porque tengo miedo
de volver a eso... que llamáis razón.

¡Bebed, amigos! La existencia es sueño,
y mentira de un sueño es la mujer,
de sus caricias al letal beleño
soñemos la mentira del placer.

¡Bebed, amigos! Si al vivir soñamos,
¿despertaremos al morir quizá...?
¿Qué será despertar...? Y bien... ¡bebamos...!
¡Qué importa lo que traiga el más allá...!

Arde mi frente -es un volcán- ¡me abraso!
¡Oh si llegara de mi vida el fin...!
¡Dame un beso, mujer...! ¡Llenad mi vaso...!
¡Qué grato es el arrullo de un festín...!

Llena, Mercedes, la apurada copa;
bebamos... hasta el fin... así... vacía.
Y ahora... ¡desgarra la importuna ropa,
desnuda el seno al beso de la orgía.

Mitiga de esa lámpara, la llama,
porque quiere un crepúsculo el placer,
el misterio nupcial que se derrama
del velo de la sombra en la mujer.

Destrenza tu magnífico cabello
sobre la desnudez de tus hechizos;
¡cómo seducen en contraste bello
tan blancos hombros y tan negros rizos!

¡Qué bella estás, Mercedes! ¡Me sofoca
el vértigo letal de las delicias,
tus besos de mujer queman mi boca,
la angustia del placer son tus caricias!

¡Mujer, mujer...! ¡Hay fiebre en tus abrazos,
fiebre en tus labios con furor impresos...
¡Hurra... la orgía...! ¡El choque de los vasos
sea la música ardiente de los besos!

Basta... pasó. Tu frenesí y el mío
apaga el tedio con su mano helada;
fantasma del placer, en el hastío
escondes la vergüenza de tu nada.

Siempre en la copa del placer el tedio,
siempre en la copa del amor el duelo;
para el alma ya enferma no hay remedio,
para un maldito corazón no hay cielo.

Y en vano el llanto con la pena crece...
¿De qué sirven las lágrimas mezquinas
si el recuerdo verdugo se guarece
del roto corazón en las ruinas...?

¿De qué sirve el amor, chispa que el cielo
prende en el alma y lo ilumina todo,
si en vez de alzarse se rebaja el suelo
como reptil para arrastrarse en lodo?

¡El amor..., el amor! ¡Ah! Hubo un día
en que su llama enardeció mi ser;
en que se alzó dentro del alma mía,
rival del mismo Dios, una mujer.

Y a Dios negué mi culto, mi creencia,
y ante ella -¡miserable!- me postré...
Disfrazada de un ángel de inocencia
era una meretriz la que adoré...

¿Conoces la embriaguez de una sonrisa?
¿De un suspiro el deleite sobrehumano?
Como la hoja al aliento de la brisa,
¿has temblado al contacto de una mano?

Lleno de turbación ¿has recogido
tu sentir, tu pensar y tu alma entera
para ponerlo todo en el oído
y oír de un paso la armonía ligera...?

¿Has escuchado al corazón violento
cómo en cada latir a su Dios nombra...?
¿Te ha desvelado el eco de un acento?
¿Besaste el muro, en que pasó una sombra...?

¿Y presentiste el cielo en todo eso,
y de rodillas, pálido, caíste,
sobre tus labios al sentir un beso...?
Dime, ¿has amado así... y aborreciste...?

Así amé y hoy detesto... Y roto hubiera
el corazón mezquino tanto duelo,
si el vino de la orgía no escupiera
a esa memoria del perdido cielo...

¡Oh! la vida... la vida es una orgía;

de llanto y hiel ante la copa llena,
siéntese en el festín de la alegría
espectro el corazón, ebrio de pena.

¡Suene el laúd y desparramen flores...!
Y, agonizando del placer en brazos,
escupamos la cara a los dolores
con la sangre del alma hecha pedazos.

¿No es mejor levantar a los placeres
un insolente altar, a pleno día,
y llamar... por su nombre a las mujeres
y saber lo que son en una orgía;

que envilecer el alma y estrecharla
a un pobre culto que jamás la encierra,
y a todo su pesar, arrodillarla
ante mezquinos ídolos de tierra...?

¡Oh! si el alma es la luz, la llama santa
que al soplo del Señor queda encendida,
por qué no de este fango se levanta
en que yace tan ruin y envilecida?

¿Dónde está el Dios que enalteció su hechura
y vio su imagen, complacido, en ella...?
Empapada de infamia y amargura
está la tierra que el humano huella.

¡Dios... el Señor...! Su maldición escrita
está en mi frente doblegada al suelo...
Desde esta tierra de pasión maldita
no alcanzo a verle en su dichoso cielo.

Incomprensible Ser, cuando te invoco,
¿es que te busco...? ¿que tus iras temo...?
Yo no lo sé... Perdóname si loco
en el delirio del sufrir blasfemo.

Dios de mi madre en quien, ayer creía,
¿no eres ya tú mi Dios...?
¡Mi labio calla,
y al frenético trueno de la orgía
mi carcajada de dolor estalla...!

¡Oh! yo bien sé que si dijera al mundo

lo que el dolor desesperado calla,
si dejara escapar el ¡ay! profundo
del tempestuoso corazón que estalla;

sí, yo bien sé que réprobo y blasfemo
la austera sociedad me llamaría,
y del llanto de fuego en que me quemo
el corazón, la sociedad reiría.

La sociedad... la sociedad... Perdida
meretriz que de diosa se disfrazaba...
Al través de mi copa enardecida
la veo pasar con su risible traza,

con su rico tesoro de pobreza,
con el llanto y dolor de sus placeres:
fealdad, al través de su belleza;
al través de sus ángeles..., mujeres.

Los hombres con su honor y su decoro,
con su virtud las púdicas doncellas...
Ellos no tienen más honor que el oro,
oro que compra la virtud de aquellas.

¿En dónde está el Poeta, sacerdote
implacable y severo de la idea,
que en tu carne crujir haga el azote?,
¡oh, sociedad hipócrita y atea!

El poeta para ti sólo es un paria;
pero -ignorado Prometeo del suelo-
en su alma lleva inmensa y solitaria
la sacra lumbre que robara al cielo.

El poeta, el soñador, el rey proscrito,
hijo del pensamiento y la visión,
cruza la tierra y marcha al infinito,
a solas con su ideal en la Creación.

En alas de sus sueños vagabundos,
espíritu de amor va de él en pos,
y, rota la cortina de los mundos,
le busca allí donde se busca a Dios.

¡Hurra...! ¡bebed...! En la imposible senda
de la vida, tocamos con la nada;

levantemos, viajeros, nuestra tienda,
y pongamos ya fin a la jornada.

¡Hurra...! ¡bebed! En deliciosos lazos
el importuno día nos halle presos...
¡Hurra...! ¡bebed...! ¡El choque de los vasos
sea la música ardiente de los besos!

¡Vino...! ¡más vino aún...!
¡Aquí está el día...
Sol que la tierra miserable alegras,
al opacar las luces de la orgía
tomas las horas de mi vida negras!

LAS ESTRELLAS

(A D. Antonio Fernández Merino)

¿Sois pupilas de Dios, blancas estrellas?
Amo la noche. El corazón ansía
sus sombras y su calma.
Para el mundo y los hombres es el día,
la noche y su misterio para el alma,

Cubrir parece el tenebroso velo
un mundo que no existe,
el pensamiento se levanta al cielo
profundamente religioso y triste.

Errante vaga y se dilata y sube
hasta el dosel inmenso,
como en los templos del Señor la nube
aromática y pura del incienso.

Que templo es la Creación, templo bendito
del Dios de los mortales;
llena su inmensidad el infinito,
y se sienta el Misterio en sus umbrales.

¿Dónde está Dios? -pregúntase burlando
el hombre miserable
del torpe mundo en el turbión nefando-
¿Dónde está Dios? ¡Que se revele y hable!

Y es verdad, es verdad... A la impureza
y al orgullo del hombre
esconde, al parecer, Naturaleza
la presencia de Dios y hasta su nombre.

¿Dónde está Dios? -Dejad vuestros salones
do alumbra esa bujía,
que parece que ve nuestras pasiones
y tiembla y se avergüenza ante la orgía.

Dejad la cárcel y el estrecho muro
de la ciudad ruidosa,
y la vista tended al cielo oscuro
donde reina la noche silenciosa.

¡Allí su trono está...! Dulces y bellas,
cual flores de topacio,
cintilan temblorosas las estrellas
en los oscuros campos del espacio.

Mundos de oro y de luz ruedan sin nombre
en aparente calma,
como los sueños del amor del hombre
en la infinita soledad de su alma.

Pero Dios está allí... Yo le he buscado
al pie de los altares,
yo su nombre magnífico he escuchado
en el ronco retumbo de los mares.

Yo, cuando aurora sus celajes tiende
del cielo americano
en el diáfano azul, quien los enciende
creo que es de Dios la luminosa mano.

Está en la soledad, cuando Natura,
al parecer inerme,
bajo las alas de la niebla oscura
en el regazo de la Noche duerme.

Yo he sentido pasar cual de su aliento
la llama abrasadora,
en la tormenta que dispersa al viento
la legión de las nubes voladora.

Y cuando tempestad en lo infinito

flamígera pasea,
paréceme leer su nombre escrito
del rayo en el zig-zag que centellea...

Pero nunca te vi, nunca, Dios mío,
como al tender su velo
la noche en las llanuras del vacío:
la tierra olvido y me remonto al cielo.

Ante él, entre la sombra, solitario
siento que espero y creo;
el cielo de la noche es el santuario,
mi Dios, mi eterno Dios, donde te veo.

Cada astro, de tu nombre es una letra,
cada rumor te nombra;
allí me hablas, Señor, allí penetra
tu incomprensible espíritu mi sombra.

Alondra de lo inmenso, tiende el alma
sus vuelos vagabundos,
y se pierde, y se pierde en la honda calma
del eterno silencio de los mundos.

¿Dónde entonces están la tierra triste,
el hombre, y su delito?
El mundo de los hombres ya no existe...
¡Estoy solo con Dios en lo infinito...!

Solemnes van las horas y tranquilas;
y en tanto que así velo,
me miran cintilando esas pupilas
que llamamos, estrellas, desde el cielo...

FIN